

“COSAS DE PÁJAROS”: ANIMALES, LIBERTAD Y ERRANCIA EN LOS ARTÍCULOS DE PRENSA DE LOS AÑOS 40 DE MANUEL ROJAS

María José Barros Cruz
Universidad Adolfo Ibáñez
mjbarro1@uc.cl

Mientras realizábamos el inventario de los documentos que la familia de Manuel Rojas había conservado por décadas en su casa de Llewellyn Jones 1212, encontramos una carpeta organizada por el mismo Rojas que lleva por título –de su puño y letra– la siguiente frase: *Y algo más*. En esta carpeta fechada en 1967, el autor reunió y organizó algunos de sus artículos de prensa de los años 40 según distintas temáticas. En la introducción titulada “Pocas palabras”, que antecede a esta compilación que nunca se publicó, Rojas explica las motivaciones que están detrás de los textos y las condiciones tanto intelectuales como materiales en las que se desplegó su escritura periodística de aquella época:

Estos artículos, publicados en diarios y revistas de Santiago durante algunos años, significan, si no otra cosa, el reflejo que los seres que veía y las cosas que ocurrían, produjeron en mí. Del mismo modo, lo que el destino de unos o la desaparición de otros provocaron en mi sensibilidad. Tuve la suerte, en lo que se refiere a los artículos que se publicaron en periódicos, de tener la libertad de escribir sobre lo que me interesara, libertad que Byron Gigoux, el director de “Las Últimas Noticias”, nunca terminó de darme. Me pagaron malamente, es cierto, pero hasta cuando le pagan mal a un escritor puede sacar algún provecho, en mi caso universalizarme al escribir sobre lo de aquí y sobre lo de allá, a veces con más audacia que conocimientos, aunque siempre con honradez (*Y algo más s/n*).

Por ese entonces, y como explica Pablo Concha en su estudio sobre Manuel Rojas y la masonería, en la década de los 40 Rojas ya había dejado atrás su vida tras-humante vinculada al anarquismo y los oficios. No sólo se concebía como un “hombre de letras” (Concha 291), sino que además se había convertido en un funcionario de clase media con acceso a nuevos círculos sociales y en un padre de familia casado con una mujer de la alta burguesía como lo fue Valerie López Edwards (Concha 304). Es en este contexto que él se dedica con especial ahínco al periodismo, llegando a tener su propia sección –*Los lunes de Manuel Rojas*– en *Las Últimas Noticias*. Allí publica

varios de los artículos reunidos en *Y algo más*, compilación en la que existe una parte dedicada exclusivamente a sus escritos sobre aves, titulada “Cosas de pájaros”. Estos textos, en conjunto con otros artículos del mismo periodo que no fueron incluidos por el escritor en esa selección, han permitido identificar la existencia de un corpus rojiano que incluye escritos de prensa y cuentos referidos exclusivamente a los pájaros⁴⁷.

Surgen, entonces, algunas preguntas a propósito de estos textos que hasta el momento han sido poco difundidos y estudiados. ¿Por qué los pájaros ocupan un lugar importante en sus artículos de los años 40, pero también en el proyecto escritural rojiano en general? ¿Cuáles son los imaginarios que elabora en torno a estos animales? ¿Qué nos dicen sus artículos sobre aves acerca de la relación del escritor con la naturaleza? ¿De qué manera estas expresiones del Rojas articulista permiten indagar en la puesta en escena de sus propias tensiones biográficas? Al respecto, quisiera proponer dos entradas de lectura para comenzar a pensar los cruces entre animalidad, naturaleza y escritura en su obra.

En primer lugar, pensamos que en la serie de artículos que aquí nos convoca –textos impuros que transitan entre la crónica y la autobiografía (Viu 117)– Rojas elabora una estrategia de auto-representación que encuentra en los pájaros la proyección de una condición vital deseada o bien idealizada desde la óptica de la adultez. Sumido en un estilo de vida sedentario, rutinario y marcado por un trabajo que en muchas ocasiones es descrito como enajenante, Rojas encuentra en la observación y escritura sobre esos “seres” el modo de pensar sus propias renunciaciones, nuevos acomodos y el deseo de una libertad mermada. Concomitantemente este corpus da cuenta de su sensibilidad por la naturaleza, su especial fascinación por los pájaros y una vocación ecológica *avant la lettre*. En varios de los artículos observamos a un Rojas que critica con fuerza las distintas formas de sometimiento y maltrato animal todavía vigentes, posicionamiento que dialoga estrechamente con su ideario anarquista y libertario. Como veremos más adelante, la defensa de las aves es, ante todo, una defensa de la libertad –entendida también como la libertad desplazarse– que comprende tanto a los sujetos humanos como no-humanos.

⁴⁷ Los artículos sobre pájaros de los años 40 que hasta el momento se conocen fueron publicados en *Las Últimas Noticias* y gran parte de ellos han sido recuperados por Daniel Muñoz, a quien agradezco su generosidad y el haberme facilitado su trabajo. Varios de estos textos se pueden encontrar en el archivo del escritor en versiones mecanografiadas y con correcciones del mismo Rojas. Además, algunos fueron publicados posteriormente en *A pie por Chile* (1967).

DESDE EL JARDÍN: PÁJAROS SEDENTARIOS Y MIGRATORIOS

En los artículos reunidos en *A pie por Chile* (1967), varios de ellos escritos y publicados en los años 40, Rojas califica al tipo de sujeto que lleva una vida parecida a la suya –empleados, comerciantes, obreros, padres de familia– como “el hombre de la ciudad” (“Veraneo” 48). En sus textos sobre la laguna de Cahuil, por ejemplo, describe cómo “ese aire de bueyes cansados que muchos tenemos en la ciudad” (48) desaparece cuando se está de vacaciones y en traje de baño. En ellos podemos observar a un Rojas amante de la naturaleza, quien encuentra en las vacaciones, caminatas de fin de semana o excursiones a la montaña una línea de fuga frente a una vida que, poco a poco, se ha vuelto rutinaria y sedentaria. En coherencia con lo anterior, en sus artículos “El gorrión”, “El gorrión y sus depredaciones” y “Un refugiado”, ve en el jardín de su casa una manera de reencontrarse con la naturaleza y las aves que por allí circundan. Estamos hablando de su casa de Llewelyn Jones, a la que se traslada a vivir con sus hijos y Valérie a inicios de los 40, ubicada en un sector -las inmediaciones de la avenida Pocuro- que él mismo define como un “barrio burgués” (“El queltehue” 139). En medio de una ciudad que se expande aceleradamente, este espacio natural se convierte en una suerte de refugio y la observación de distintos tipos de pájaros, en un pasatiempo que le permite pensar su propio presente y conectarse con su historia de tránsitos y errancia.

En el caso de los artículos dedicados al gorrión, Rojas realiza una defensa de este pájaro acusado por algunos de atacar las siembras y ser un depredador. Recurre a las investigaciones de los expertos como el naturalista Jean-Henri Fabre (1823-1915) para fundamentar su postura; sin embargo, son sus propias observaciones las que le permiten afirmar que dichas imputaciones son falsas:

El gorrión, como sedentario, tiene nidos seguros, eligiendo, para ubicarlos, los aleros y tejados de las casas de más de un piso. El chincol, en cambio, como sujeto migratorio, hace sus nidos en cualquier parte, de preferencia en los árboles o arbustos de mucho follaje. (En el jardín de nuestra casa tuvimos este año dos nidos de este pajarillo, cada uno con dos huevos. Desgraciadamente, fueron abandonados. Creo que los niños de la casa manosearon los huevecillos). La diuca anida en sitios más retirados y en cuanto al chirihue y al jilguero, prefieren, para anidar, los potreros de pastos altos.

Si esto es así, como lo hemos observado, ¿qué interés puede tener el gorrión en destruir, como se dice que lo hace, los nidos de aquellos pajarillos? [...]

Lo que pasa, a nuestro juicio, es que, a medida que la ciudad crece, el chincol y el chirihue, la diuca y el jilguero, que parecen no simpatizar –lo cual pudiera demostrar un principio de inteligencia– con los centros muy poblados, se alejan

más y más del centro de la ciudad. Dentro de pocos años, para ver uno de esos pajarillos, tendremos que hacer excursiones de algunas horas. Ese crecimiento, por otra parte, extiende más y más el área habitable del gorrión, lo cual, como en el primer cargo, tampoco es culpa suya (“El gorrión y...” 3).

Como se puede apreciar, Rojas era un gran conocedor de las aves de Chile. Sabe identificarlas y nombrarlas, conoce sus desplazamientos al detalle y es capaz de distinguir los distintos tipos de nidos. Al mismo tiempo, en sus palabras también se advierte una especial preocupación por aquellos pájaros arrinconados debido a la invasión humana de sus territorios y la explosión demográfica de la ciudad. De esta manera, desarticula los cargos hechos en contra del gorrión, dejando entrever que la mayor presencia de este pájaro en la ciudad y la desaparición de los otros se debe, en realidad, al accionar humano.

Pero hay algo más. En su escritura sobre esos pájaros, Rojas los clasifica en “sedentarios” y “migratorios”. Si hay algo que llama su atención es la capacidad que estos tienen de moverse y desplazarse, pudiendo elegir libremente y según sus necesidades cuándo y a dónde migrar o bien construir un nido en el tejado de una casa. Desde esta perspectiva, hay un artículo significativo que se titula “Un refugiado”. Allí se refiere a un pájaro desconocido que ha llegado a su patio. Intrigado, describe el cuerpo, los colores y los movimientos del nuevo visitante mientras lo va comparando con los atributos físicos de otras aves: chincoles, tórtolas, gorriones, diucas. No logra saber de qué pájaro se trata, pero su presencia despierta en él un fuerte sentimiento de compasión y solidaridad:

¿Qué pajarillo será? No se me ocurre. ¿Tal vez un pitío? Puede ser. Pero ¿qué importa su nombre? Mirándolo, no siento sino un deseo: el de que su residencia entre nosotros sea plácida, tan plácida como su forma y belleza. Sé que viene de lejos, de los primeros faldeos cordilleranos, de las quebradas de Peñalolén o del cerro de la Provincia, huyendo de la nieve y del frío. Eso me basta y le desearía lo mismo si no tuviera hermosas formas ni fuera bello.

Bienvenido a mi jardín, refugiado (“Un refugiado” 3).

En un contexto marcado por las guerras mundiales y considerando además la condición migrante del propio Rojas, el uso de la palabra “refugiado” no es simplemente una metáfora. En sus textos literarios abundan los personajes trashumantes y nómades. Muchos se desplazan porque la precariedad —el hambre, la pobreza o el frío— los obliga; pero también es cierto que este transitar constante les otorga mayores grados de libertad que constituyen “una crítica y resistencia consciente al proceso de

proletarización” (Ubilla 12). Así, algunos años después de publicar los artículos aquí presentados, Rojas ficcionaliza en *Hijo de ladrón* (1951) su travesía por la cordillera y la imposibilidad de acreditar su identidad con los documentos burocráticos solicitados en la frontera⁴⁸. Me refiero al famoso episodio del certificado de nacimiento que se le exige a Aniceto Hevia para comprobar su nacionalidad argentina la que, por cierto, no posee. De una u otra manera, los sujetos populares sin residencia ni paradero fijo suelen ser vistos como una amenaza para el mantenimiento del orden social y el resguardo de los Estados-nacionales. Rojas asume una actitud de empatía frente a los refugiados, desplazados y migrantes como él. Le da la bienvenida al pajarillo “exótico” que llega a su jardín y en su artículo “Migraciones”, del año 1941, comienza hablando de las aves que migran debido a la corriente del Niño para luego realizar una crítica política al desplazamiento forzado de los judíos desde Palestina: “los judíos, tal como las aves emigran. Tal como las aves también muchos morirán, como otras veces, frente a quién sabe qué desoladas playas” (4)⁴⁹.

Tanto en su literatura como en sus textos de prensa, Rojas elabora su idea de la libertad a partir de la naturaleza o bien de sujetos populares trashumantes como los arrieros⁵⁰. En el caso de los artículos referentes a las aves, visualiza en estos animales –aquellos que se encuentran libres o en estado salvaje– la experiencia de la errancia y el desplazamiento, así como un estilo de vida al margen de todo tipo de control y disciplinamiento. En este sentido, dialoga estrechamente con Henry David Thoreau (1817-1862), quien se retiró a vivir a Walden Pond por dos años en una cabaña construida con sus propias manos. “Ya no sabemos qué es vivir al aire libre y nuestras vidas son domésticas en más sentidos de lo que creemos” (83), explica Thoreau al comienzo de *Walden*. Rojas leyó esta emblemática obra y escribió en *Babel*: “¿Con qué intención fue escrito? Acaso ninguna; solo con la de dar testimonio de la existencia de una vida libre” (“Dos centenarios” 89). Aunque parece no compartir el individualismo de Thoreau en su decisión de llevar una vida apartada de toda colectividad, coincide con él en su espíritu libertario y la utopía de una libertad absoluta que se piensa e imagina

⁴⁸ En “Nacionalidad”, texto publicado en 1972 en el *Clarín*, Rojas recuerda que pasó muchos años sin ser legamente chileno ni argentino y que su nacionalidad fue durante mucho tiempo una interrogante para los demás. “¿Es chileno, es argentino?” (“Nacionalidad” 5), era la pregunta que solía escuchar.

⁴⁹ En el cuento “Mares libres” (1951), Rojas ficcionaliza la amenaza del derecho a migrar, desplazarse y habitar otras tierras recurriendo a la estrategia de humanización de un conjunto de aves muy diverso, que viven en el extremo sur del continente y se enfrentan durante una asamblea a su representante, una gaviota salteadora, que controla y vigila el tránsito de los “afuerinos” (134).

⁵⁰ Ver su artículo “Los arrieros” disponible en el archivo del escritor.

desde la naturaleza y, por qué no, el parentesco o proximidad con los animales como los pájaros que visitan su jardín.

JARDÍN ZOOLOGICO: JAULAS, MASCOTAS Y CAZA

En coherencia con su vocación ecológica, Rojas asume en distintos artículos una defensa de las aves violentadas por los seres humanos. Con energía cuestiona el cautiverio, la transformación de los animales en mascotas y prácticas predatorias como la caza o el corte de alas. Sus referencias al Jardín Zoológico del cerro San Cristóbal –iniciativa inaugurada en 1925, que fue promovida por la Sociedad Científica de Chile– resultan significativas, pues permiten advertir la reconfiguración de la relación entre humanos y animales en las sociedades modernas y, específicamente, en el espacio de una ciudad latinoamericana como Santiago, que se masificaba y expandía a pasos agigantados.

En el artículo “Maravillosa colección de aves criollas” (1939), Rojas relata su encuentro con el naturalista Carlos Samuel Reed, director del zoológico y presidente de la Sociedad Científica de Chile. Reunidos en ese espacio, entrevista a Reed, quien celebra la creación de este lugar por ser “una excelente distracción” para los sectores populares, además de “un instituto científico” (7). En su estudio, el científico le enseña a Rojas la “colección de la avifauna chilena” (7) que posee en el armario. Distintos tipos de pájaros embalsamados pasan ante la vista de un Rojas maravillado que se muestra curioso y atento a las explicaciones. Incluso le pregunta si tiene un ejemplar del pluvial dorado, ave que ha conocido gracias a sus lecturas de William Henry Hudson (1841-1922). Reed no lo tiene, pero le muestra una lámina de este pájaro en colores. “Saca un gran libro y me muestra al pluvial dorado” (7), recuerda Rojas con un dejo de emoción.

En el artículo “Cóndores en libertad” (1942), incluido en *A pie por Chile*, hay una segunda mención al Jardín Zoológico. En él Rojas relata la excursión realizada con unos amigos al cerro Alto de los Bronces, donde tienen la oportunidad de presenciar un grupo de cóndores y águilas volando sobre sus cabezas. Frente a este espectáculo de la naturaleza, Rojas recuerda a los cóndores del zoológico y establece un símil político entre la situación de estos animales en cautiverio y los países sometidos a la invasión de otras naciones:

Mirándolos en aquel fantástico desfile aéreo, hecho en nuestro honor, recordé a sus hermanos del Jardín Zoológico, sucios, manchados, encogidos, torpes. Y sentí la misma pena que debe sentir el hombre que contempla al habitante de un país libre y lo compara con el que habita otro país dominado por alguna tiranía parda, negra, roja o amarilla (“Cóndores...” 135).

En ambos textos sobre las aves del Jardín Zoológico se puede observar cómo la relación entre seres humanos y animales se ha roto. Como sostiene John Berger en su ensayo “Por qué miramos a los animales”, los zoológicos son espacios que dan cuenta de la desaparición de los animales en la vida cotidiana de las personas: “aparecieron al inicio del periodo que vería desaparecer a los animales de la vida cotidiana. Esos zoológicos, adonde va la gente para encontrarse con los animales, para observarlos, para verlos, son, en realidad, monumentos a la imposibilidad de tales encuentros” (s/n). En los escritos de Rojas, el zoológico aparece, por un lado, como una suerte mausoleo al servicio de la investigación científica y, por otro, como una privación de la libertad animal asimilable a las dictaduras que coartan la de las personas. En este lugar creado los animales se observan disecados o bien aprisionados en jaulas. Estamos en presencia de la “máquina antropológica” (Agamben 2016) en pleno esplendor, que opera convirtiendo a los seres animales en cosas, materias primas u objetos de estudio, pero también animalizando vidas humanas, tal como ocurrió con los zoológicos humanos o los campos de concentración⁵¹.

Lo anterior se condice con la mirada crítica de Rojas acerca de los pájaros que son domesticados para convertirlos en mascotas. Un ejemplo paradigmático es su artículo “El queltehue” (1942), también incluido en *A pie por Chile*. Mientras camina por las calles de su barrio es sorprendido al escuchar “el grito de un pájaro en libertad” (139); sin embargo, al poco tiempo advierte que este animal “tiene dueño” (140). Es un hombre que ha traído del sur una pareja de queltehues y le ofrece venderse, pero Rojas se niega rotundamente: “¿Cómo voy a comprar, para someterlo a la domesticidad, un pájaro que acaba de darme una tan preciosa sensación de libertad? No, gracias” (140)⁵². Una idea similar surge del artículo “El cardenal” (1941), donde Rojas narra una anécdota infantil tomada del texto homónimo de Hudson. Cuando niño, al naturalista británico nacido en Argentina le regalan un pájaro el que, luego de algunas fugas frustradas, huye definitivamente. Tiempo después el pequeño Hudson encuentra su cadáver siendo devorado por una rata, pero lejos de ponerse triste se regocija al saber que su cardenal “había gustado el sabor de la libertad” (4). Hudson y Rojas rechazan la domesticación y el encierro de las aves. En ambos late un espíritu

⁵¹ De acuerdo con Agamben, la máquina antropológica moderna opera “excluyendo de sí como no (todavía) humano un ya humano, esto es, animalizando lo humano, aislando lo no-humano en el hombre” (75). Algunos ejemplos proporcionados por el filósofo italiano son el judío del campo de concentración y el ultracomatoso.

⁵² “El queltehue” es, por cierto, un antecedente del cuento “Pancho Rojas” (1951), en el que se relata la historia de una familia que posee características muy similares a la del mismo Manuel Rojas.

libertario y ecológico, que concibe la libertad no solo como un ideal humano, sino como un principio que también compete a otros seres vivientes como los animales.

En esta misma línea resulta posible entender los artículos “Gaviotas en Isla Negra” (1944) y “Garzas blancas en Polpaico” (1945), en los que Rojas condena abiertamente el maltrato animal. En el primero expresa su enojo ante un gaviotín que ha sido sacado de su nido por “un estúpido” (3) que, además, le ha cortado las alas. En el segundo critica la caza, ese “gusto de matar” (3) que amenaza la supervivencia de especies enteras como las garzas blancas, aves que debieron ser protegidas por ley para evitar su extinción: “Cuando uno pasa, en primavera, y ahora mismo, por las vegas de Polpaico, cree estar en otro país al ver, sobre las tranquilas aguas, las blancas bandadas de garzas. Y esto nada más que porque se ha prohibido, a unos pocos bárbaros, comerciantes o no, matarlas para aprovechar sus plumas o simplemente matarlas” (3). Al igual que Gabriela Mistral, quien se opuso en textos como “Perdiz” de su *Poema de Chile* (1967) a la caza de aves por considerarla un mero acto de demostración de virilidad, Rojas comprende que la caza es una práctica violenta que emerge desde la “barbarie” humana y la no valoración de otras formas de vida.

A MODO DEL CIERRE: EL RETORNO DE LOS PÁJAROS

Desde los primeros meses de confinamiento producto de la pandemia, muchos pudimos observar y escuchar desde nuestras casas el retorno de las aves. Chincoles y zorzales comenzaron a aparecer con mayor frecuencia, recordándonos que, como bien señala Jean-Christophe Bailly, “nosotros asistimos al mundo con ellos [los animales], al mismo tiempo que ellos” (32). Los artículos de Rojas sobre pájaros realizan, de alguna manera, el mismo gesto. Nos invitan a volver nuestra mirada hacia aquellos refugiados, visitantes y habitantes que nos acompañan en el día a día y que solemos olvidar. Al leer sus artículos de prensa descubrimos a un Manuel Rojas que revisita su propia vida a partir de las aves que circundan su jardín o que observa durante sus excursiones, poniendo de relieve la posibilidad de pensar lo humano desde lo animal o, más bien, de pensar lo humano y lo animal como una zona fronteriza capaz de interpelarnos acerca de nuestra propia existencia.

Los escritos de Rojas en torno los pájaros conllevan una reflexión sobre el ejercicio de la libertad y las distintas formas de violencia humana que persiguen su domesticación. Las referencias al zoológico, las jaulas, el corte de alas o la caza dan cuenta de ello, pero también las tiranías y los desplazamientos forzados que amenazan la libertad. Como señalamos al comienzo, Rojas escribe estos textos durante la década de los 40, cuando sus años de juventud marcados por la errancia han dado paso a una vida más bien sedentaria y rutinaria, de modo que sus encuentros con la naturaleza se producen en las caminatas de fin de semana, durante los veraneos o en el jardín de su casa. Son esas instancias las que le permiten reconectarse momentáneamente con una

“sensación de libertad” (“El queltehue” 140) que encuentra en el vuelo de las aves o junto al mar.

En los años 60, y esta vez acompañado de Julianne Clark, Rojas emprende nuevamente una vida de viajes, múltiples desplazamientos y carreteras. Juntos recorren México, Estados Unidos, Guatemala, San Salvador, Chile, La Habana, Madrid, Lisboa, Italia, la Unión Soviética e Israel, entre otros lugares. Los pájaros siguen apareciendo en sus escritos de este periodo. Pienso, por ejemplo, en sus referencias al pluvial dorado de Hudson en *Pasé por México un día* o en los *blue jays* que describe al final de ese plan de novela inconclusa e inédita llamada, posiblemente, *Astromelia*. De hecho, José Miguel Varas relata que cuando fue a visitar a Rojas al Quisco antes de morir este le dijo: “Estoy pensando escribir un libro sobre pájaros” (10). Los pájaros no lo abandonan. Y él, a su vez, no deja de mirarlos ni de pensar en ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Trad. Flavia Costa y Edgardo Castro. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2016.
- Bailly, Jean-Christophe. *El animal como pensamiento*. Trad. L. Felipe Alarcón. Santiago: Metales Pesados, 2014.
- Berger, John. “¿Por qué miramos a los animales?”. *Página 12*. 23 feb. 2003. Consultado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/638-122-2003-02-23.html>
- Concha, Pablo. “Manuel Rojas, masón: primeras aproximaciones”. *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*. María José Barros y Pía Gutiérrez (eds.). Santiago: Ediciones UC, 2020.
- Rojas, Manuel. “Maravillosa colección de aves criollas”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 2 mayo, 1939.
- _____. “Migraciones”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 29 abr. 1941.
- _____. “El cardenal”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 5 ago. 1941.
- _____. “Un refugiado”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 24 jun. 1942.
- _____. “El gorrión”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 26 ene. 1944.
- _____. “El gorrión y sus depredaciones”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 28 ene. 1944.
- _____. “Gaviotas en Isla Negra”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 7 jul. 1944.
- _____. “Garzas blancas en Polpaico”. *Las Últimas Noticias*. Santiago. 17 ene. 1945.
- _____. “Dos centenarios”. *Babel* 44 (1948) 86-92.
- _____. “Mares libres”. *Obras completas*. Santiago: Zig-Zag, 1961.
- _____. *Y algo más*. 1967. Archivo Manuel Rojas UC. Consultado de <https://archivospatrimoniales.uc.cl/handle/123456789/30898>

- ____. “Nacionalidad”. *Clarín*. Santiago. 11 ene. 1972.
- ____. “Veraneo” (1939), “Cóndores en libertad” (1942), “El quektehue” (1942). *A pie por Chile*. Santiago: LOM, 2000.
- Thoreau, Henry David. *Walden*. Madrid: Cátedra, 2019.
- Ubilla, Lorena. “Sujetos marginales en la narrativa de Manuel Rojas: De disciplinamientos a focos de tensión con el proceso modernizador”. *Revista Chilena de Literatura* 77, 2010. <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/9046/9005>
- Varas, José Miguel. “Manuel Rojas”. *Antología autobiográfica*. (1962). Santiago: LOM, 2008.
- Viu, Antonia. “El orden de los cuerpos: la caminata en *Imágenes de infancia* y *A pie por Chile*”. *Manuel Rojas. Una oscura y radiante vida*. María José Barros y Pía Gutiérrez (eds.). Santiago: Ediciones UC, 2020.